

Aquel hombre era el célebre médico Domenico Cirillo.

Los otros tres conjurados que Nicolino había mandado á deliberar, designándolos con los nombres de Manthonnet, Schipani y Héctor Caraffa, entraron uno á uno en el círculo de luz pálida y temblorosa que proyectaba la lámpara, se desembarazaron de la capa y el sombrero, pusieron delante de sí un par de pistolas y un puñal, y empezaron, no á deliberar, sino á referir las noticias que cada uno había podido recoger.

Como nosotros sabemos, tan bien ó mejor que ellos, cuanto pasó en aquel día tan fecundo en acontecimientos, los dejaremos discurrir á su sabor sobre un asunto que ningún interés nos ofrecería, y mientras ellos hablan, daremos á nuestros lectores algunos detalles biográficos acerca de esos cinco hombres, llamados á desempeñar un papel importante en el curso de nuestro relato.

## CAPÍTULO IX

### El enviado de Roma.

Veamos quiénes eran aquellos cinco hombres que Nicolino, sin exceptuarse á sí propio, acababa de condenar en su irónico lenguaje á la horca y á la guillotina, predicción que para todos, menos uno, debía tener fatal cumplimiento.

El que hemos visto solo y pensativo, con el codo apoyado sobre la mesa de piedra, se llamaba, según hemos dicho, Domenico Cirillo y era un hombre de Plutarco, uno de los más poderosos representantes de la antigüedad, que jamás haya producido la tierra napolitana. Cirillo no pertenecía ni á su época ni á su país; una sola de sus cualidades habría bastado para formar un hombre superior.

Domenico nació en 1734, esto es, en el mismo año en que subió al trono Carlos III, y era natural de Grumo, pequeña aldea de la Tierra de Labor. Su familia había sido siempre un semillero de médicos ilustres, de sabios naturalistas y de íntegros magistrados. Antes de cumplir veinte años, Cirillo obtuvo

por oposición la cátedra de botánica; después viajó por Francia, entabló relaciones de amistad con Nollet, Buffón, d'Alembert, Diderot y Franklin, y sin el entrañable amor que sentía por su madre, habría renunciado á su verdadera patria para establecerse en su patria adoptiva. Así lo aseguraba él mismo.

De vuelta á Nápoles, continuó sus estudios y llegó á ser uno de los primeros médicos de su época, siendo particularmente conocido como médico de los pobres. Cirillo decía que, para el verdadero cristiano, la ciencia no debía ser un manantial de bienes de fortuna, sino el consuelo de la miseria. Y con arreglo á esta generosa teoría, si al mismo tiempo le llamaban para visitar á un rico ciudadano y á un pobre *lazzaroni*, daba la preferencia al pobre, al cual suministraba los recursos del arte, mientras se hallaba enfermo, y le abría su bolsillo así que le veía convaleciente.

Á pesar de esta conducta, ó mejor dicho, á causa de ella, la corte empezó á mirarle de reojo á partir de 1791, época en que el temor á los principios revolucionarios y el odio á los franceses hicieron que Fernando y Carolina declarasen encarnizada guerra á cuantos corazones nobles é inteligentes respiraban en Nápoles.

Desde entonces, Domenico había vivido en una semidesgracia; y no viendo para su desventurado país más salvación que un movimiento revolucionario cumplido con el apoyo de aquellos mismos franceses á quienes tanto había amado, y por los cuales estuvo á pique de abandonar su patria y sus más caras afecciones, entró de lleno, con la resolución filosófica de su alma y la serena y suave tenacidad de su carácter, en un complot que tenía por objeto reemplazar la negra y brutal tiranía de los Borbones, por la inteligente y fraternal autoridad de la Francia. Sin ocultársele que aventuraba su cabeza en la partida y sin que el pasajero fuego de un falso entusiasmo le atenuase los peligros de la empresa, persistía en su proyecto con la misma calma y la misma voluntad que hubiera persistido, á riesgo de su propia vida, en consagrar sus cuidados á una población enferma del cólera ó del tifus.

Sus compañeros, más jóvenes y más entusiastas que él, respetaban su opinión y seguían con docilidad los consejos de su experiencia; él era el hilo que los guiaba en el laberinto, la luz que seguían entre las sombras; y la melancólica sonrisa con que acogía el peligro y la suave unción con que hablaba de los elegidos que tienen la dicha de morir por la humanidad, ejercían sobre aquellas almas ardien-

tes una influencia semejante á la que Virgilio atribuye al astro encargado de disipar las tinieblas y los terrores de la noche, reemplazándolos por un silencio benéfico y protector.

Héctor Caraffa, conde de Ruvo, duque de Andria, cuya voz había intervenido momentos antes en la conversación para responder de la persistente voluntad y de la sangre fría del hombre á quien esperaban, era uno de esos atletas que Dios crea para las luchas políticas, una especie de Dantón aristócrata, con un corazón intrépido, un alma implacable y una ambición desmedida. Amaba por instinto las empresas difíciles, y corría al encuentro del peligro con la misma precipitación que otros emplean en evitarle, importándole poco los medios con tal de conseguir el fin.

Enérgico durante su vida, lo fué más todavía, si cabe en lo posible, á la hora de su muerte; Héctor era, en fin, una de esas poderosas palancas que la Providencia, protectora de los pueblos, pone en manos de la revolución que debe libertarlos de la esclavitud.

Caraffa descendía de la ilustre familia de los duques de Andria, y poseía el título de conde de Ruvo, título que despreciaba, como todos aquellos que no tenían en su abono alguna de las gloriosas

recomendaciones que él ambicionaba conquistar, diciendo á cada paso que en un pueblo esclavo no había verdadera nobleza. El primer soplo de las ideas republicanas, introducidas en Nápoles con Latouche-Treville, inflamó su sangre, y Héctor se arrojó con su acostumbrada audacia en la peligrosa vía de las revoluciones. Aunque obligado por su posición social á concurrir á la corte, se convirtió en el más ardiente apóstol, en el más celoso propagador de los nuevos principios; tanto, que dondequiera que se hablaba de libertad, aparecía en seguida Héctor Caraffa como evocado por un conjuro. Estas ideas le valieron en 1795 el honor de ser preso y conducido al castillo de San Telmo con los primeros patriotas que fueron víctimas de la junta de Estado. En la prisión entró en relaciones con gran número de oficiales, consagrados á la custodia de la fortaleza: su palabra ardiente despertó en ellos el amor á la república, y el preso logró inspirarles tan acendrada amistad, que, sabiendo que le amenazaba una sentencia de muerte, no vaciló en pedirles que facilitasen su evasión. Entonces se estableció entre aquellos nobles corazones una lucha de opuestos sentimientos: unos decían que el cumplimiento del deber era antes que el amor á la libertad, y que, encargados de guardar el castillo,

cometerían un crimen concurriendo á la fuga de un prisionero, por más que ese prisionero fuera un amigo, un hermano. Otros afirmaban, por el contrario, que un patriota debe sacrificarlo todo, hasta el honor, al triunfo de la libertad y á la salvación de sus defensores.

Por último, un joven teniente siciliano, de Castelgirone, patriota más exaltado que los demás, consintió, no sólo en ser cómplice de Caraffa, sino también compañero de fuga; ambos la efectuaron auxiliados por la hija de un oficial de la guarnición, enamorada de Héctor, la cual le facilitó una cuerda para que descendiese desde lo alto de las murallas del castillo, mientras que el joven siciliano le esperaba abajo.

La evasión se ejecutó felizmente; pero los dos fugitivos no tuvieron la misma fortuna: el siciliano fué cogido y sentenciado á muerte, suplicio que se le conmutó al fin, gracias á la piedad de Fernando, por el de una prisión perpetua en la horrible fosa de Favignana.

Héctor encontró en Pórtici un asilo seguro en casa de un amigo; desde allí, por senderos extrañados que sólo conocían los habitantes de la montaña, ganó la frontera de los Estados romanos y se dirigió á Milán, en cuyo punto encontró á los fran-

ceses, quienes supieron apreciar aquella alma de fuego, aquel corazón indomable, aquella voluntad de bronce, y de quienes mereció la más cordial acogida.

Seducido Caraffa por el hermoso carácter de Championnet, el cual le parecía cortado por el patrón de los Foción y de los Filopemenes, se agregó á su estado mayor sin funciones particulares, y acompañó á Roma al general francés, cuando después de la caída de Pío VI se proclamó la república en la ciudad Eterna; entonces, hallándose tan cerca de Nápoles y confiando provocar allí un movimiento revolucionario, volvió á tomar el camino que le condujo fuera del reino y á pedir á su amigo, no un refugio para el proscrito, sino un escondite para el conspirador; aquel amigo era Gabriel Manthonnet á quien hace poco hemos nombrado. Una vez en Nápoles, Héctor escribió á Championnet diciéndole que creía la población dispuesta á un levantamiento é invitándole á que les enviase un hombre seguro que juzgase por sí mismo de la situación de los ánimos y del estado de las cosas: la venida de ese enviado era el motivo principal que los reunía aquella noche.

Gabriel Manthonnet, en cuya casa había encontrado asilo Héctor Caraffa, y á quien el ardiente

patriota arrastró fácilmente á la causa de la libertad, era, como Héctor, un hombre de treinta y cuatro á treinta y cinco años. De origen saboyano, según lo indica su nombre, Manthonnet tenía una fuerza hercúlea que corría parejas con lo enérgico de su voluntad, y estaba dotado de esa elocuencia del valor y de ese talento de corazón que, en circunstancias supremas, hacen brotar del alma palabras sublimes que registra con orgullo la historia de los pueblos; lo cual no le impedía, en circunstancias ordinarias, poseer esa fina ironía que sin llegar á la posteridad, deja entre los contemporáneos agradable recuerdo. Admitido en 1784 en la artillería napolitana, obtuvo el grado de subteniente en 1787, entró con el de teniente en 1789 en el regimiento de artillería de la reina, fué graduado capitán en 1794, por último, capitán efectivo á principios de 1798, era en la época de nuestro relato comandante de un regimiento y edecán del general Fonseca.

El cuarto conspirador, que hemos designado con el nombre de Schipani, éra de origen calabrés, y constituían sus dos cualidades predominantes la lealtad y la audacia: hombre de acción segura bajo el mando de dos jefes de genio como Manthonnet ó Héctor Caraffa, abandonado á sí mismo, llegaba

á ser inquietante á fuerza de temeridad, peligroso á fuerza de patriotismo. En una palabra: Schipani era una especie de máquina de guerra susceptible de descargar terribles y seguros golpes, siempre que hábiles maquinistas supieran ponerla en movimiento.

En cuanto á Nicolino, á quien hemos visto quedarse, como más joven, de vigía en la ventana del ruinoso palacio, á fin de inspeccionar el golfo, era un gallardo mancebo de veintidós años, sobrino del almirante Francisco Caracciolo, del mismo que mandaba la galera de la reina, y que había rehusado pocas horas antes, en su nombre y en el de su sobrina Cecilia, la invitación para la comida y el baile del embajador, ó mejor dicho, de la embajadora de Inglaterra; Nicolino era además hermano del duque de Rocca-Romana, el más elegante, aventurero y caballeresco de todos los *cavaliers servants* de la reina, tipo meridional parecido á nuestro duque de Richelieu, al amante de la señorita de Valois y al vencedor de Mahón. Sólo que Nicolino, fruto de un segundo matrimonio é hijo de una francesa, había sido educado por su madre en el amor de la Francia, y heredado de ella esa ligereza de carácter y ese indiferente desprecio del peligro que á veces hacen del héroe un hombre amable y del hombre amable un héroe.

Mientras que los cuatro conjurados, extendiendo maquinalmente la mano hacia sus armas, cambiaban en voz baja esas palabras llenas de esperanza, como dicen los conspiradores, esas palabras á través de las cuales brilla de cuando en cuando, á pesar de su aparente calma, como el reflejo de la cuchilla ó del puñal, porque algunas de ellas producen en el corazón un estremecimiento que hace recordar á los Damocles políticos la espada suspendida sobre su cabeza, Nicolino, con la indiferencia propia de sus veinte años, más bien que en la libertad de Nápoles pensaba en sus amores, cuyo dulce objeto era entonces una dama de honor de la reina, y sin perder de vista el cabo del Pausilipo, miraba con distraídos ojos aglomerarse en el cielo la tempestad anunciada por Francisco Caracciolo á la reina y que momentos antes había predicho él mismo á sus compañeros.

Y en efecto: de cuando en cuando retumbaba á lo lejos la voz del trueno anunciada por los relámpagos, cuya pálida lumbre, rasgando el seno de los sombríos nubarrones que rodaban de sur á norte, iluminaba de un modo fantástico la negra roca de Capri; apagado el relámpago, el islote volvía á entrar en la obscuridad y á confundir su cima con la opaca masa de nubes, de las cuales parecía ser

la base. De cuando en cuando, ráfagas intermitentes de ese viento pesado y desecador que trae hasta Nápoles las arenas arrancadas al líbico desierto azotaban la superficie del mar, imprimiéndole una trepidación fosforescente que le cambiaba por un instante en lago de llamas; cuando las ráfagas espiraban, el líquido abismo se envolvía otra vez en su manto de sombras.

Á los primeros soplos de aquel viento asolador, azote de los pescadores y terror de los marinos, multitud de barquillas se apresuraron á ganar el puerto; unas, desplegando al aire sus triangulares velas, se deslizaban rápidas dejando en pos de sí un surco de fuego; otras, semejantes á esas enormes arañas que corren sobre el agua, hendían las olas á fuerza de remo, y levantaban en sus costados trémulos haces de líquidas chispas. Aquellas barcas, aproximándose apresuradamente á tierra, desaparecieron poco á poco tras la inmóvil y pesada masa del castillo del Huevo y de la torre del faro, cuya luz amarillenta aparecía en medio de un círculo de vapor semejante al que rodea la luna cuando amenaza mal tiempo; el mar quedó al fin solitario, como para dejar el campo libre al combate que iban á librar los genios de la tormenta.

En aquel momento, una luz rojiza, punto perdido

en el espacio, que contrastaba con el hálito sulfúreo de la tempestad y con las fosforescentes emanaciones de las olas, apareció en el cabo del Pausilipo, dirigiéndose al palacio de la reina Juana.

Entonces, y como si la aparición de aquella luz hubiera sido una señal, un relámpago rasgó el cielo, dejando entrever los insondables y espantosos abismos del éter, y estalló un horrible trueno, cuyo ronco rugido fué rodando desde el cabo Campanella al de Miseno. Ráfagas opuestas se entrechocaron en la superficie del mar, levantando sus aguas con la rapidez y el ruido de una tromba; las olas se alzaron en repentino y gigantesco hervidero, como si una fuerza submarina provocara su ebullición. En suma: la tempestad acababa de romper su cadena y recorría el líquido palenque del golfo como un león enfurecido.

Al horroroso aspecto que ofrecían el cielo y el mar, Nicolino arrojó un grito de aviso que hizo estremecer á los conjurados, los cuales, comprendiendo el motivo del llamamiento, subieron precipitadamente la escalera del subterráneo y fueron á colocarse junto á la ventana del primer piso.

No había duda: la barca en que venía el emisario, sorprendida por la tempestad en medio del camino, acababa de ser envuelta en sus furiosas alas. Sus

tripulantes habían arriado la cuadrada vela que la empujaba y hacían vigorosos esfuerzos por gobernar á remo el frágil esquife que saltaba sobre las encrespadas olas.

Según el anuncio de Héctor Caraffa, nada había detenido al joven de corazón de bronce que esperaban los conjurados. Siguiendo el itinerario de antemano convenido, y más bien por precaución hacia los conspiradores de Nápoles, que por la seguridad personal del emisario, á quien su uniforme francés y su título de edecán de Championnet debían servir de escudo en la capital de un reino aliado, en una ciudad amiga, se había separado del camino de Roma en Santa María, para ganar la orilla del mar y, al llegar á Puzzolo, dejó allí su caballo, pretextando un cansancio que estaba lejos de sentir. En aquel puerto, el aliciente de una buena recompensa y el temor á las amenazas del emisario, decidieron á dos marineros á darle pasaje en su barca, á pesar de los presagios de un próximo temporal y de los gritos y lamentaciones de sus familias, que los acompañaron hasta las húmedas losas del muelle.

No tardaron en realizarse los anuncios de la borrasca: al llegar á Nisida, los dos marinos quisieron dejar al pasajero en tierra y buscar un

abrigo en el puerto; pero el joven, con la calma terrible de la resolución, amartilló las pistolas que llevaba al cinto y, sin hablar una palabra, dirigió los cañones al pecho de los recalcitrantes, los cuales, viendo escrita en aquel rostro impasible y resuelto su sentencia de muerte, se encorvaron sobre los remos y dieron nuevo impulso á la barca.

Al dejar el pequeño golfo de Puzzolo para entrar en el de Nápoles, empezó seriamente el peligro; desencadenada por completo la tempestad, parecía reconcentrar toda su furia sobre aquella frágil embarcación, única en la superficie inmensa de las olas.

Los cinco conjurados permanecieron por un momento inmóviles y silenciosos; el espectáculo de un hombre en inminente peligro empieza siempre por dejarnos mudos de terror; después se despierta de pronto en el corazón como un instinto imperioso é irresistible de la naturaleza: la necesidad de prestarle auxilio.

Héctor Caraffa fué el primero que rompió el silencio.

— ¡Cuerdas! ¡cuerdas! exclamó, enjugando las gotas de sudor que bañaban su frente.

Nicolino comprendió en seguida, y ágil como un

gamo, estableció el puente levadizo, saltó desde el pretil de la ventana á la tabla, de la tabla á la roca, y desde ésta á la puerta de la calle, y diez minutos después volvió á entrar con un rollo de cuerda arrancada á un pozo público.

Mientras tanto, la tempestad redoblaba su furia y empujada por ella, la barca se había aproximado al palacio, no separándola ya de la roca sino algunos cables de distancia; pero las alborotadas olas batían con tal furor el peñasco en que se hallaba asentada la ruina, que su proximidad, más bien que una esperanza de salvación, era un aumento de peligro: la espuma azotaba el rostro de los conspiradores asomados á la ventana del primer piso, no obstante sus veinticinco pies de elevación sobre el nivel del mar.

Á la luz del farol encendido en la proa, luz que amenazaba apagar cada ola que asaltaba la barca, veíanse los dos marineros encorvados sobre los remos, con la angustia del terror pintada en el semblante; detrás de ellos, inmóvil, de pie y como clavado en el fondo del esquife, con la sonrisa en los labios y mirando con desprecio las olas que rugían en torno suyo y el huracán que azotaba sus cabellos, aparecía el joven emisario, semejante á un dios mandando la tempestad.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

De cuando en cuando colocaba la mano sobre sus ojos á guisa de pantalla y dirigía la vista hacia la gigantesca ruina, tratando de distinguir entre las sombras la presencia de los conjurados, movimiento que indicaba la seguridad que tenía de encontrarlos allí. Un relámpago vino en su auxilio : su luz iluminó la rugosa fachada del sombrío gigante de piedra, y le dejó ver agrupadas en actitud de la angustia cinco formas humanas que le gritaron con voz unánime :

— ¡Valor!

Al mismo tiempo, una ola monstruosa, estrellándose contra el escollo, azotó de rechazo la proa de la barca, y apagó el farol. ¿Había sorbido el abismo al frágil esquiife?

La respiración se detuvo en todos los pechos. Héctor Caraffa se llevó ambas manos á la cabeza en un movimiento desesperado. Pero la opresora duda no duró más que un segundo.

— ¡Una antorcha! gritó una voz tranquila y varonil, dominando el ruido de la tempestad.

Entonces fué Héctor Caraffa quien en dos brinco llegó á una cavidad del muro donde, á prevención, había algunos hachones para las noches tenebrosas; Héctor cogió uno, le encendió en la lámpara que ardía sobre la mesa de piedra y casi al mismo

tiempo se le vió aparecer sobre la plataforma exterior é inclinarse hacia la barquilla con su antorcha resinosa en la mano : una nube de espuma le envolvía y luchaba inútilmente para apagar la llama del hachón.

Como si surgiera del fondo del abismo, la barca reapareció entonces á algunos pies de la roca : los dos marinos habían abandonado los remos, y de rodillas, y con los brazos levantados al cielo, invocaban á la *Madona* y á San Genaro.

— ¡Una cuerda! gritó el joven.

Nicolino subió al pretil de la ventana, y sujeto por el hercúleo brazo de Manthonnet, lanzó á la barca el rollo de cuerda, cuya extremidad tenían Cirillo y Schipani.

Pero apenas cayó la cuerda sobre la barca, una ola enorme, levantándola como una ligera pluma, la arrojó con irresistible fuerza contra el escollo. Dejóse oír el crujido fúnebre seguido de un grito de angustia ; después, barca, pescadores y pasajero, todo desapareció bajo las aguas.

En aquel momento supremo, Cirillo y Schipani exclamaron simultáneamente :

— ¡La ha cogido! ¡la ha cogido!

Y ambos se pusieron á tirar de la cuerda.

Entonces, á la luz de la antorcha que Héctor

Caraffa suspendía al borde del abismo, se vió salir del seno de las bullentes aguas al joven emisario, el cual, asido de la cuerda y ayudado por la tracción, escaló el escollo, cogió la mano que le tendía el conde de Ruvo, puso el pie en la plataforma y cayó en brazos de su amigo; luego, con la mirada serena y una entonación de voz en la que no era posible descubrir la más leve emoción, levantó la cabeza hacia sus salvadores, pronunciando esta sola palabra:

— ¡Gracias!

Al mismo tiempo, como si la salvación del naufrago hubiese aumentado la cólera de la tempestad, un nuevo relámpago filtró sus flechas de fuego por las grietas de la ruina, resonó un trueno horrible que parecía querer arrancar el vetusto palacio de su base de granito, y las mugientes olas saltaron hasta las rodillas de los dos jóvenes.

Entonces Héctor Caraffa, con ese entusiasmo meridional que daba mayor realce á la tranquilidad de su alma, exclamó, levantando la antorcha como para desafiar el rayo:

— ¡Ruge, ruge, tempestad indómita! ¡Nosotros somos de la raza de aquellos griegos que incendiaron á Troya, y éste, — añadió colocando la mano en el hombro de su amigo, — éste desciende de Ajax, hijo de Oileo, y escapará á pesar de los dioses!

## CAPITULO X

### El hijo de la muerta

En los grandes cataclismos de la naturaleza, así como en las grandes preocupaciones políticas, se ofrece siempre á los ojos del observador un fenómeno (que por cierto no honra mucho á la humanidad), el cual consiste en que, lo mismo en uno que en otro caso, todo el interés se reconcentra en los individuos que desempeñan los principales papeles, esto es, en aquellos de quienes se espera la salvación ó el triunfo, mientras que los personajes inferiores quedan en el olvido abandonados en manos de la común Providencia, de esa especie de comodín á cuya protección confían los egoístas de carácter el alivio de los infortunios que no quieren socorrer.

Esto precisamente fué lo que sucedió en el momento en que se hizo pedazos contra el escollo la barca á cuyo bordo venía el mensajero que los conspiradores esperaban con tanta impaciencia. Aquellos cinco hombres de mérito, aquellos cinco